

DOMINGO DE PENTECOSTÉS

1ª lectura (Hechos 2, 1-11): *Se llenaron de Espíritu Santo.*

Salmo (103, 1ab.24ac.29b-31.34): *«Envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra»*

2ª lectura (1ª Corintios 12, 3b-7.12-13): *Hay diversidad de carismas, pero un mismo Espíritu.*

Evangelio (Juan 20, 19-23): *Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo.*

En el catecismo de la Iglesia Católica, leemos: *«La vida moral de los cristianos está sostenida por los dones del Espíritu Santo. Estos son disposiciones permanentes que hacen al hombre dócil para seguir los impulsos del Espíritu.»* ⁽¹⁸³⁰⁾. Los dones del Espíritu Santo son siete: *«sabiduría, inteligencia, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios.»* ⁽¹⁸³¹⁾. Leamos también las virtudes teologales: *«fe,* ⁽¹⁸¹⁴⁻¹⁸¹⁶⁾ *esperanza* ⁽¹⁸¹⁷⁻¹⁸²¹⁾ *y caridad* ⁽¹⁸²²⁻¹⁸²⁹⁾». Parecería que la fe no es un don del Espíritu. Al menos, no está entre los que cita el catecismo. En absoluto. No son dos afirmaciones contradictorias.

Hace unos años, un amigo sacerdote, en unas charlas sobre la fe, nos decía: Habéis escuchado una frase que, siendo en principio correcta, necesitaba alguna matización. La frase decía así: *“el judaísmo es la religión de la esperanza, el islam de la fe y el cristianismo de la caridad”*. Había que matizarla porque, no podemos afirmar que cada religión de las citadas solo desarrolle una de estas virtudes y olvide las demás. No podemos afirmar que el cristianismo solo se preocupe de la caridad y no sea una religión de la esperanza, no. La frase tiene mucho de verdad porque el judaísmo es una religión que siempre mira al futuro, con la esperanza de que Dios no olvida a su pueblo e interviene a favor de él. El islam insiste en la fe como obediencia/sumisión a la voluntad de Dios, mientras que el cristianismo entiende que la vida de fe y la esperanza se hacen verdad en la caridad. El equilibrio entre las tres es necesario.

Desde el creyente del Primer Testamento hasta nuestros días, se ha tratado de describir la misteriosa presencia de ese lazo amoroso entre el Padre y su Hijo con muchas imágenes. El Espíritu es descrito, ante todo, como aliento de vida, tal como canta el salmista: *«Si retiras tu aliento, toda creatura muere y vuelve al polvo; pero envías tu Espíritu, que da vida, y renuevas el aspecto de la tierra»* ^(Salmo 103). Si todas las creaturas llevan la impronta del Verbo eterno de Dios, también toda la creación existe por el Espíritu, *“Señor y dador de vida”*, como le aclamamos en nuestra profesión de fe. Así que donde hay vida hay evocación del Espíritu Santo de Dios. No se puede afirmar la fe en Dios Trinidad sin afirmar necesariamente la vida que de Él procede.

Los hombres y mujeres del Espíritu son, por lo tanto, personas que aprecian y protegen la creación de Dios, en la que descubren las huellas del Hijo y del Espíritu. El Espíritu, pues, nunca ha estado ausente. Si Dios lo retirara la creación no podría sostenerse en el ser. Es a esa descripción del Espíritu como aliento de vida a la que alude la narración del texto de Juan en el evangelio de hoy. Así se nos dice que Jesús *“sopló sobre”* sus discípulos. Y su pequeña comunidad, encerrada por el miedo, recibe de Jesús una vida nueva, un nuevo aliento vital con el Espíritu que le es entregado por su Señor resucitado.

Esta vida nueva inspirada a los discípulos tras la resurrección, les lleva a ser agentes de juicio y reconciliación. Ellos, mediante la presencia de Jesús y el don del Espíritu, son reconciliados entre sí y con Dios y son a la vez enviados a hacer otro tanto en favor de la humanidad. La comunidad cristiana, alentada por el Espíritu, recibe su misión de ser fuerza reconciliadora en el mundo.

Donde hay Espíritu Santo hay unión, hay comunión a pesar de las faltas pasadas y más allá de las diferencias que como creaturas nos tienden a separar. Esta acción unitiva se nos revela también en los Hechos de los apóstoles cuando el Espíritu los lleva a hacer que sus palabras fueran comprendidas por personas de idiomas diversos, que ahora se descubren convocadas a la misma fe y unidas en la misma alabanza. Podemos decir que la riqueza divina se explaya en la diversidad: *«Hay dones diferentes, pero el Espíritu es el mismo. Hay diferentes servicios, pero el Señor es el mismo. Hay diferentes actividades, pero Dios, que hace todo en todos, es el mismo»*. Esa diversidad es atraída por el Espíritu a la más perfecta unidad en Dios.

¡Es la fiesta de Pentecostés! Pidamos al Espíritu Santo sus dones. Pidamos que nuestro corazón arda, que no nos deje en paz, que nos abramos a su novedad. Cada cristiano tiene que pedir lo que más necesita en su vida como creyente. Algunos adolecen de falta de esperanza, otros de falta de caridad. **¿No adolecemos, pregunto, de falta de fe?** Más en concreto **¿no adolece el hombre moderno de falta de fe?**

Es verdad, insisto, en que todas las personas no somos iguales. Puede ser que muchos necesiten abrirse a la esperanza o a la caridad, pero creo que en muchos casos tenemos una fe cansada, débil, empobrecida. Una pregunta que puede ser inquietante: *¿Tengo presente a Dios en mi vida real? ¿Tengo presente a Dios en mis opciones, mis decisiones, mi visión sobre la realidad?*

La fe mueve montañas, dice Jesús; pero si no se tiene fe, no movemos nada, ni nos movemos a nosotros mismos. La fe es luz para la vida y fuerza para las decisiones. Pidamos al Espíritu Santo que nos conceda el don precioso de la fe.